

en su razón por el efecto que unas copas de más operaron sobre un abstemio, arremetió contra un desconcertado profesor a quien le recordó indignado cómo los porteños rechazaron las invasiones inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1807...

Podía admitir un patriotismo que no se apoyara en la exageración y la ficción, pero el nacionalismo sólo estaba reservado a los países de vieja prosapia. En el diálogo con otro escritor que recoge María Esther Vázquez en uno de sus libros, sostenía Borges:

El nacionalismo no puede justificarse, pero sí comprenderse, en países de cultura antigua. A nadie le ha alegrado más que a mí la derrota de Hitler, aunque entiendo que en un país como Alemania, de tan antigua cultura, pueda haber nacionalismos. Pero aquí, que contamos apenas con ciento cincuenta años de edad, es completamente ridículo el nacionalismo¹³.

Contra toda razón, porque exaltaba una tradición inexistente y fomentaba nuestros peores defectos, el nacionalismo representaba el atraso en que se hallaba un mundo en el cual no debía haber fronteras. Como la mayoría de los intelectuales occidentales, Borges completaba su pensamiento con el ideal del universalismo político y cultural. Cuando Néstor J. Montenegro le preguntó lo que pensaba del nacionalismo, respondió:

Es el mayor de los males de nuestro tiempo. Desdichadamente para los hombres, el planeta ha sido parcelado en países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de una mitología peculiar, de derechos, de agravios, de fronteras, de banderas, de escudos y de mapas. Mientras dure este arbitrario estado de cosas, serán inevitables las guerras.

Lógicamente, el nacionalismo es insostenible. Los estoicos se declararon cosmopolitas, ciudadanos del mundo. Debemos tratar de ser dignos de ese antiguo propósito. Se justificarían así los imperios, que abarcaron, o abarcan, muy dilatados territorios y que serían acaso el camino hacia una futura ciudadanía planetaria¹⁴.

La corrección de esa deformación cultural debía hacerse mediante una educación que ridiculizara o desalentara los motivos del orgullo patriótico. A Borges, la guerra de Gran Bretaña contra la Argentina con motivo de las Islas Malvinas, en 1829, le pareció una causa desdichada pues lo obligaba a asumir un sentimiento patriótico ya desaparecido. A diferencia de los ingleses, para quienes nunca ha habido dudas al respecto («my country, right or wrong»), Borges no titubeó en manifestar su apoyo a Gran Bretaña, prescindiendo de las razones jurídicas que dejaba a los especialistas.

En este punto Borges también coincidió con la mayoría del sector político e intelectual argentino, para los cuales el hecho de que la Argentina tuviera un gobierno militar no democrático, los eximía de cualquier obligación patriótica. En su caso, como en el otro famoso ejemplo, el del poeta norteamericano Ezra Pound que prefirió defender a Alemania e Italia en vez de los Estados Unidos, vemos la continuidad de una línea coherente de ideas y sentimientos muy arraigados. Para Borges no tenía sentido definir su preferencia por Inglaterra o la Argentina. En el curso del diálogo citado, afirmaba:

El arte de la profecía es difícil y tal vez imposible. Lo verosímil o, en todo caso, lo deseable es que los hombres lleguen, alguna vez, a esa ciudadanía planetaria de

¹³ María Esther Vázquez, *Borges: Imágenes, memorias, diálogos*, Caracas, Monte Avila Editores, 1977, pág. 193.

¹⁴ Jorge Luis Borges-Néstor J. Montenegro, *Diálogos*, Buenos Aires, Nemont Editores, 1983, págs. 21-22.

la que hablé. En ese porvenir, ambos nombres —República Argentina, Gran Bretaña— serán, cabe esperar, anacrónicos¹⁵.

En esta perspectiva del universalismo que sintetiza el pensamiento de Borges cuando ya había definido, totalmente, sus ideas y sentimientos, las diferencias con Lugones son absolutas y comprensibles, si se consideran las diversidades del tiempo histórico y la oposición de ambas biografías. Lugones termina decepcionado en lo personal pero sin cambios intelectuales de su nacionalismo final y Borges, por su parte, clausura cualquier posibilidad de patriotismo en el sueño del cosmopolitismo universal.

La actitud apátrida de Borges era la conclusión lógica de varias premisas esenciales de su pensamiento. En primer lugar, de su vocación irrealista: la realidad no le interesaba y cuando irrumpía en su vida la rechazaba como una perturbación de ese núcleo tapizado con libros e imaginaciones, dentro del cual se había refugiado.

El desdén y la incomodidad de Borges en una sociedad donde los valores personales y sociales en los cuales creía, habían sido vulnerados, le arrancó múltiples declaraciones de prescindencia. En ese mundo blindado por su ceguera y su voluntad de aislamiento, su feroz individualismo alardeaba de ignorar la realidad, pero aun cuando esto hubiera sido totalmente cierto, tampoco creía que su literatura —la que hacía y la que le gustaba— tuviera que ver con esa realidad: su repudio de la novela y sus sarcasmos e ironías hacia cualquier forma de las letras contemporáneas responden a esta actitud. La única solidaridad de Borges era con su propio juego literario y aunque él repitió ininidad de veces que su literatura sólo tenía un personaje y un argumento que era él mismo, no se suele aceptar la veracidad de estas afirmaciones.

Por esta razón los valores más altos en autenticidad creadora y calidad estética se encuentran, a nuestro entender, en la poesía lírica, donde se manifiesta en forma directa su expresión literaria. Pero la frecuentación y, por lo tanto, la estima por este aspecto de su obra, sólo es accesible, en su sentido más profundo, por la lectura en su lengua original, razón por la cual no tiene la difusión de su producción narrativa y ensayística.

La poesía de Borges, por tanto, corresponde a un plano que, aunque íntimamente vinculado con el resto de la obra, en razón de la unidad que establece la personalidad del escritor, contiene valores específicos que no se pueden juzgar del mismo modo que sus proposiciones filosóficas y políticas. Borges escribió una vez:

En este país, Lugones sigue siendo juzgado por sus cambiantes opiniones políticas, lo más superficial que hubo en él¹⁶.

No hagamos, pues, lo mismo con Borges. Ese mundo al cual se había retirado estaba, además, reducido a una élite, en primer lugar, de seres que compartían ideas, sentimientos y valores. Un mundo que se achicaba y se volvía cada vez más arcaico con el paso inexorable del tiempo: al final sólo quedaron María Kodama y Adolfo Bioy Casares. No demos a su misoneísmo ni a su declarado conservadurismo ningún sentido político, sólo son facetas de ese apartamiento de la realidad, de su reclusión

¹⁵ Ob. cit., pág. 25.

¹⁶ Jorge Luis Borges, «Introducción». En: Leopoldo Lugones. Antología poética. Seleccionado e introducido por J.L.B. Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág. 13.

en un mundo de formas literarias que era el único lugar donde se sentía seguro, a salvo del paso destructor del tiempo. Vida literaria pura, pues la otra solamente le reservaba penas, fatigas y desilusiones. Con estos recaudos, hay que admitir que, como lo prueba Blas Matamoro en una crítica que conserva toda su vigencia, su función literaria, dentro de la sociedad argentina, contribuyó a mantener el orden de valores e intereses que, de hecho, subordinaban el país a un núcleo de poder que distorsionaba la voluntad nacional y provocaba muchos de sus graves problemas. Totalmente ajeno a esta perspectiva, Borges estuvo siempre ausente de los deberes ineludibles que la misma implicaba¹⁷.

Nihilista y escéptico, primero por temperamento y luego por convicción filosófica, Borges conservaba en su vejez un rastro irrenunciable del orgullo nacional que sintió en su juventud, pero sólo se transparentaba en ciertos desplantes de sorna e ironía, argentinos en el peor sentido de la palabra, diríamos. Pero no podía adherir a ninguna idea o sentimiento que compartieran otros seres reales. No le interesaba ni lo quería. Nunca hubo piedad para nada ni nadie en esa inteligencia cuya lógica interna giraba dentro de sí misma, absorta en sus sueños literarios. Cuando sintió que se moría, quiso hacerlo en Ginebra, lejos de la tierra natal de la cual renegaba. Como el último gesto de rechazo de una Argentina que creía haber perdido, de una realidad que no quería comprender ni amaba.

Por esas razones, el valor principal de la obra de Borges no se debe buscar en las referencias a la verdad de una realidad, ya sea ésta filosófica, histórica, política o literaria. Dueño de ese orbe arbitrario y único, de su propia pertenencia, de ese *mundo Borges*, su dimensión auténtica hay que buscarla en el plano de lo imaginario. Son sus límites, pero también su grandeza.

Enrique Zuleta Alvarez

¹⁷ Blas Matamoro, Jorge Luis Borges o el juego trascendente, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor S.R.L., 1971. Señalamos aquí la contribución a nuestro enfoque que representa la obra de Ana María Brrenechea, La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges, México, El Colegio de México, 1957, aunque su punto de vista sea estrictamente literario y con matices de diferencia con nuestro planteo.



Fernando Pessoa